

—¡Cristóbal!
 —¡Eres un miserable!
 —Hermano mio.
 —Todo ha acabado entre nosotros... cuenta solo con mi odio.
 —Cristóbal... ¡por piedad!
 —No volverás á verme nunca.
 Y lanzándose á un bote.
 —Avanza,—dijo á un marinero,—hasta llegar al buque de mi tío que aún se vé.
 Con algua trabajo logró alcanzarle.
 Bartolomé perdonó á Diego.
 Cristóbal no volvió á verle desde entonces.

Capítulo LIX.

Un a reconciliacion.

El personaje desconocido, ó por lo ménos que habia permanecido hasta entonces en la colonia sin llamar la atencion de nadie, habia formado parte de la expedicion recomendado por el padre Boil, para el cual habia logrado cartas que le habian servido al logro de su objeto, que era el de acompañar á Colon en el viaje.

Solo sabian sus compañeros que se llamaba Diego, y que aunque no era sacerdote, por su traje, por su aspecto, por su carácter, tenia una gran vocacion para la carrera eclesiástica.

Hasta entonces habia sufrido con bondadosa resignacion todos los azares del nuevo viaje, todas las inclemencias de la colonia, y habia sido uno de los

que más habían trabajado para realizar en todo y por todo los planes de Colon.

Siguiendo su enfermedad paso á paso, cualquier observador que hubiera tratado de averiguar en su fisonomía los sentimientos de su alma, hubiera leído en ella la ansiedad, el temor y á veces la esperanza.

Pero eran muchos los disgustos que habia sufrido el almirante.

Toda su fortaleza, toda su energía, todo su vigor, no bastaba para soportar el empuje de tan récios y encontrados huracanes.

Hubo un momento, como he dicho ya, en que su salud llegó á inspirar sérios temores.

El padre Boil, jefe espiritual de la colonia, estaba al lado del enfermo, porque natural era que si acaecia una desgracia, él fuera quien le reconciliase con Dios en los últimos momentos de su vida, quien escuchase su confesion y quien contribuyese á realizar sus propósitos nombrado por él, como debia nombrarle, su albacea moral, por decirlo así.

El modesto protegido del padre Boil, con timidez, se acercó á él y le dijo:

—Necesito, si me lo permitís, hablar á solas con Cristóbal Colon.

—Ya sabeis que está enfermo de gravedad.

—Sin embargo, es absolutamente necesario que yo le hable.

—Y ¿por qué ahora y no antes?

—Es un misterio, padre Boil, que quizás no tar-

deis en saber. Cuanto mayor sea la gravedad del almirante, tanto más necesario es que yo le hable.

—Consultaremos al doctor Chanca para ver si se halla en situacion de oiros.

—Ved al doctor,—añadió el padre Boil señalando al médico que salia de la habitacion donde estaba el almirante.—¿Cómo le dejais?

—Algo más sosegado. La fiebre ha disminuido y si descansa, tal vez saldrá triunfante de la crisis. Su enfermedad es más moral que fisica. Aún hay naturaleza en él; aún puede resistir las inclemencias del tiempo, los disgustos de los hombres; las contrariedades de la vida son las heridas más profundas que tiene.

—Yo necesito hablarle, señor doctor,—dijo el protegido del padre Boil.

—¿Con qué fin?

—Creo tener en mi mano los medios de aliviar su alma y de ofrecerle algun consuelo.

—¿Vos?—exclamaron el padre Boil y el doctor Chanca admirados.

—Yo, sí; hasta ahora me habeis visto permanecer silencioso y, sin embargo, la historia de mi vida está muy enlazada con la del almirante. Tal vez cuando le diga quién soy, cuando me reconozca al tenderme los brazos, experimentará una satisfaccion inmensa, tanto más cuanto que es inesperada.

—Esa emociion podrá perjudicarle.

—No lo creais, y para convenceros de ello podeis asistir á nuestra conferencia.

—El padre Boil os acompañará; yo voy á ver á otros enfermos que reclaman mi auxilio, —dijo el doctor Chanca.

—Tened la bondad de acercaros á Colón, padre Boil, y decidle que uno de los marinos, el más humilde de todos, tiene que hacerle una revelación en nombre de uno de sus hermanos.

—¿Y es eso cierto? —preguntó el padre Boil.

—Vais á asistir á nuestra entrevista y os convencereis de ello.

Apenas comunicó el sacerdote al almirante los deseos del colono, en quien hasta entonces nadie había reparado:

—Que pase, haced que pase, —dijo reuniendo todas sus fuerzas para recibirle.

—Señor, —exclamó el colono acercándose al lecho.....

—Me han dicho que teneis que hacerme una revelación en nombre de un hermano mio. ¿Por qué os habeis ocultado hasta ahora?

—Porque vuestro hermano me encargó que callase hasta encontrar una ocasión propicia, una ocasión en que la felicidad os predispusiera á oirme con benevolencia, ó en que vuestra desdicha fuese tan grande que encontraseis consuelo oyendo hablar de los seres queridos de vuestro corazón.

—¿Es mi hermano Bartolomé quien os ha encargado que me habéis en su nombre? —preguntó Colón.

El desconocido experimentó una triste sensación. Hizo un movimiento como queriendo decir:

—¡Siempre Bartolomé! ¡es el predilecto!

Pero deteniéndose:

—No, —respondió; —es vuestro hermano Diego quien me ha dado el encargo de hablaros en su nombre.

—Diego, mi pobre hermano Diego, —dijo Colón.

Y se quedó pensativo.

—Sin duda alguna, —añadió despues de una breve pausa, —estaré muy quejoso de mí. Cuando nos separamos, fui cruel; muy cruel, debí perdonarle, debí estrecharle contra mi corazón y no lo hice.

—¡Ah! ¿pero no es verdad que no me guarda rencor?

El debe haber sabido las desventuras de mi vida, porque mi vida ha sido tristemente célebre en toda Europa, y donde quiera que haya estado habrá oido hablar de mí.

Pero si ha sabido las amarguras que he pasado, los obstáculos que he tenido que vencer para llegar á esta tumba que se abre á mis piés despues de haberme ofrecido un sòlio, me habrá perdonado, se habrá compadecido de mí, y acaso me envia con vos un ósculo de paz.

—No os habeis engañado; —dijo su interlocutor, —vuestro hermano Diego, débil de carácter, pero generoso de alma, no os ha guardado rencor nunca. Desde el primer momento conoció que la impetuosidad de vuestro carácter tenia que ser necesariamente en algunos momentos irascible, y olvidó aquella escena que fué la última vez que os vió, quedando al separarse de vos con los ojos inundados de lágrimas.

—¿Y qué ha sido desde entonces de su vida?

—Una lucha también. Vos partisteis; vuestro hermano Bartolomé os siguió. Los dos habíais nacido para las grandes aventuras, para luchar, para conquistar glorias y sufrir privaciones, y el mar abrió paso á las carabelas, en donde fuisteis en busca de aventuras, de gloria y de fortuna.

Pero Diego, el más débil, el más pusilánime, el más reposado de los hijos de Cristóbal Colon, el cardador de lanas de Génova, tenía un padre anciano, debía quedarse á su lado para velar por él; tenía una hermana jóven, muy joven, sin madre, con un padre achacoso y enfermo.

Mientras sus hermanos corrian en pos de goces, él debía permanecer al lado de su familia, ser su sosten, su amparo y cerrar los ojos del pobre anciano cuando durmiera el sueño eterno.

—Con esas palabras, —dijo Colon amargamente, —me recordais lo ingrato que he sido con el pobre anciano que tan bondadoso fué para mí. Y no es que haya dejado de pensar en él, nó; si he deseado adquirir una fortuna, ha sido para derramarla á manos llenas en su hogar; he deseado verle feliz, querido y satisfecho por haber dado el sér á seres agradecidos.

Pero mi vida ha sido una continua série de desgracias.

Arrojado por la tempestad á las playas de Portugal, hallé en ellas amparo, los dias que respiré en la atmósfera que habia en la córte de Portugal me hicieron ambicionar lo que más tarde he con-

seguido, y para consagrarme á mis ensueños tuve que trabajar dia y noche para vivir en la miseria.

Calificado de visionario, de iluso, de demente; pobre, viudo, con un hijo muy niño aún, tuve que mendigar de puerta en puerta, llegar á pié hasta España y pedir en las puertas de un monasterio los auxilios de la caridad.

Cuando la fortuna ha empezado á sonreirme para regresar, he preguntado por mi padre, he preguntado por mis hermanos.

La república de Génova me ha contestado:

«Vuestro padre ha muerto; vuestra hermana está unida con el mejor operario de vuestro padre. Vive pobre, oscura; es una obrera, pertenece al estado llano, pero es feliz.

Nadie sabe el paradero de vuestro hermano Diego.

Vuestro hermano Bartolomé recorre el mundo: tal vez ahora está en Africa acompañando á los portugueses en alguna de sus más atrevidas empresas.»

¿Qué podia hacer por mi familia dispersa ya, sin hogar, sin lazos que me sujetasen?

Pero no por eso he olvidado á aquellos seres queridos de mi corazón, y sobre todo, ahora que me encuentro tan léjos de la pátria en que nací, de la pátria que me ha adoptado, en la que tantos favores me han dispensado; ahora que las fuerzas del alma y del cuerpo me abandonan, pienso con emocion en aquellos dias hermosos de mi infancia, y en medio de la ociosidad que me rodea, los recuerdos me parecen rayos

bellísimos de un sol de primavera, en medio de un invierno helado y nebuloso.

—¡Ah!—prosiguió Colón verdaderamente conmovido,—si yo tuviese aquí á mis hijos, á mis hermanos, á mi pobre padre, á aquella santa mujer que nos dió el sér y que nos abandonó tan pronto; ¡ah! ¡qué feliz sería legándoles mi gloria, mi fortuna, bendiciéndoles en el postrer instante!

Sé que la muerte me amenaza; sé que aunque quieria esforzarme para recuperar el vigor que me abandona, todo es inútil.

Tal vez la Providencia quiere librarme de los horrores que me esperan; tal vez mi enfermedad, el sueño eterno que me aguarda al final de ella, es el descanso y la tranquilidad que necesito.

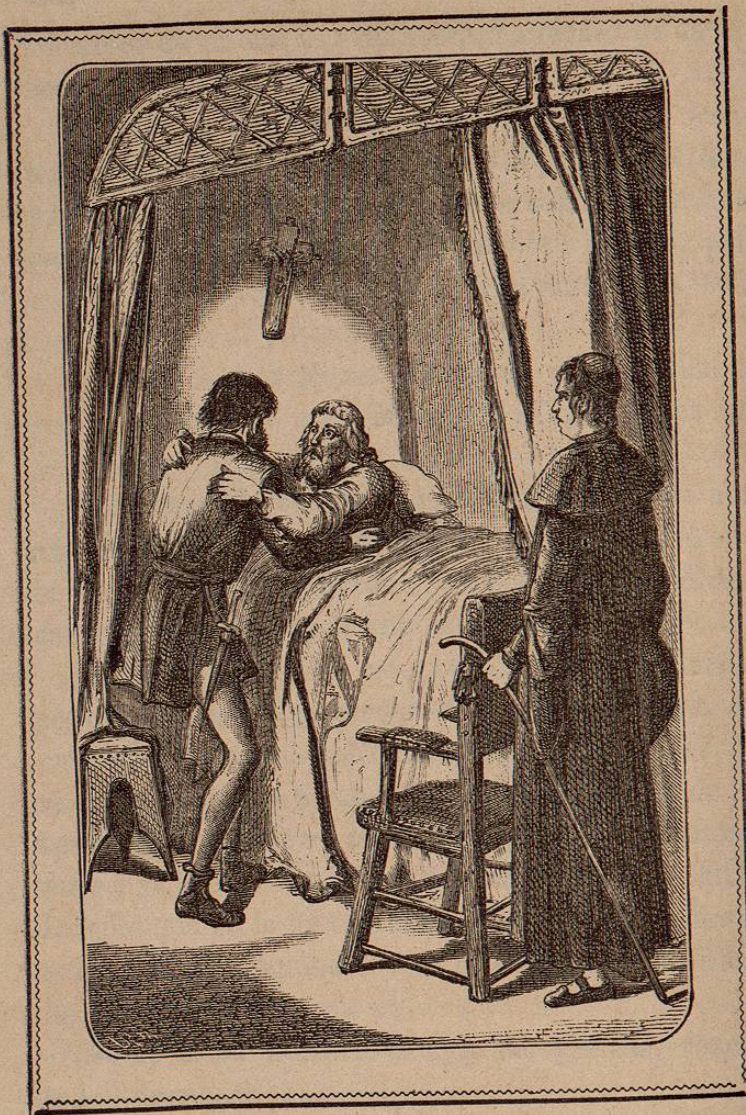
Si vos volveis y yo me quedo aquí, si hallais al pobre hermano cuyo recuerdo acabais de evocar, decidle que siempre le he amado, que siempre he deseado su bien, que arrepentido al poco tiempo de haberme separado de su compañía, hubiera vuelto para estrecharle entre mis brazos; pero era imposible. Decidle que no le he olvidado nunca; y si es pobre, si sufre, podeis asegurarle que mis hijos partirán con él, mi fortuna y mi gloria.

—Yo en su nombre os doy las gracias,—exclamó el descendido.

Y cayendo de rodillas, despues de vacilar un instante, profundamente conmovido y con voz trémula: —¡Cristóbal! hermano mió, yo soy Diego, tu pobre hermano Diego, que hubiera deseado dártese á



CRISTÓBAL COLÓN. — El, al fin, y bien sabe Dios que las
venido á darme la vida.



CRISTÓBAL COLON.—Sí, sí, tú eres, y bien sabe Dios que has venido á darme la vida.

conocer en otra ocasion despues de haberte prestado un inmenso servicio. Este ha sido el objeto que le ha obligado á alistarse como el último de los soldados, como el más insignificante de los marineros para vivir al lado tuyo.

—Sí, es cierto,—exclamó Colon incorporándose en el lecho y mirando fijamente á su hermano...—Esa mirada... esa frente... Sí, sí, tú eres, y bien sabe Dios que has venido á darme la vida, porque las lágrimas que asoman á mis ojos van á devolverme la vida. Ya no estoy solo, ya tengo una persona de quien fiarme; ya aunque muera moriré tranquilo, porque habrá quien me defienda de los que me calumnien.

El padre Boil, que asistia á la escena, tendiendo afectuosamente la mano á Diego, que era en efecto el hermano del almirante:

—Somos dos,—dijo el sacerdote,—los que velaremos á vuestro lado, los que os defenderemos, porque no creo que me hagais la injusticia de creer que, aunque me he opuesto á algunas de vuestras resoluciones, he dejado de reconocer en vos un génio superior.

—Gracias, padre mio; ya estoy más tranquilo.

No hay duda, viviré, viviré para llevar á cabo mi obra.

La alegría, en efecto, reanimó las fuerzas del almirante, y los cuidados de su hermano y del padre Boil, y las muestras de afecto de que fué objeto Diego y el almirante mismo, cuando se supo la escena que habia pasado entre los dos, devolvieron á los habitan-

tes de la triste colonia la actividad, el aliento que habian perdido.

Algunos dias despues pudo levantarse Colon, y cuando estuvo restablecido:

—La ociosidad es lo que nos mata. Quédense aquí los enfermos, los débiles; yo nombraré una junta de gobierno, de cuya direccion se encargará mi hermano Diego, y con los capitanes, los soldados, con los audaces marineros á quienes la molicie aniquila iremos á descubrir terreno, á visitar las montañas del Cibao, á registrar las ricas minas de oro que atesoran. Si es preciso luchar, lucharemos; hemos venido á difundir la religion, á despertar la fé, á dominar á este pueblo, no para esclavizarle, sino para emanciparle de la ignorancia con la luz de la religion y de la inteligencia.

Cumplamos nuestro propósito, llenemos nuestra mision y la satisfaccion de haberla cumplido renovará nuestras fuerzas cuando desmayen.

Estas palabras fueron acogidas con entusiasmo por los capitanes y por los soldados, que deseaban satisfacer su curiosidad y su ambicion, y desplegaron todos la mayor actividad para pertrecharse, para prepararse á la expedicion, cuyos resultados debian ser difinitivos.

Colon, satisfecho con la presencia inexperada de su hermano, seguro de que él vigilaria si no con energia al ménos con lealtad, tranquilo porque habia inspirado á todos los colonos gran afecto, se resolvió á partir para averiguar de una vez cuál era la

actitud de los indios, y si los tesoros que encerraba la isla valian la pena de los sacrificios que habia hecho y tenia que hacer en lo sucesivo.

De este modo, no solo inspiró á sus subordinados las ideas belicosas de que eran susceptible, sino que, como veremos más adelante, llegaron á realizarse la mayor parte de los proyectos que formaba aquella inteligencia tan superior y espiritual.